

eres alguno mayor que Juan Bautista; si bien el que es menor en el reino de los cielos, es superior á él. Y desde el tiempo de Juan Bautista hasta el presente, el reino de los cielos se alcanza á viva fuerza, y los que se la hacen á sí mismos, son los que lo arrebatan. Porque todos los profetas hasta Juan, y tambien la ley, prenunciaron lo que habia de venir: y si quereis entenderlo, él mismo es aquel Elías que debia venir. Entiéndalo pues el que tiene oídos para entender.



CAPITULO XV.

REPRENDE JESUS SEVERAMENTE ALGUNAS CIUDADES OBSTINADAS EN LA INCREDULIDAD: CONVIDADO A COMER EN CASA DE SIMON FARISEO, DURANTE LA COMIDA ENTRA UNA MUJER PECADORA, LE UNGE LOS PIES, Y EL SEÑOR LA PERDONA SUS PECADOS.

Acabó Jesús el elogio de su santo precursor, y una gran parte de sus oyentes dieron públicas señales de gozo y contento, al paso que otros que se creían los mas instruidos, se mostraron como displicentes y pesarosos de haberlo oido. Es cierto que la inteligencia del discurso del Salvador no estaba al alcance de todos, porque pedía para comprenderle un entendimiento sano y un corazón puro; y los mas de ellos estaban sobremanera preocupados y tenían el corazón emponzoñado con la envidia, porque no podían contradecir las doctrinas de tan divino Maestro, ni destruir la prueba robustísima de los milagros con que las confirmaba y autorizaba. El pueblo sencillo y los publicanos componían la mayor parte del concurso; los escribas y fariseos la menor; y sobre esta division cae la reflexion ú observacion prudente de san Lucas [1] cuando dice: Los publicanos y el pueblo *confesaron* con sus obras cuánta habia sido la sabiduría de Dios enviando al Bautista delante del Mesías; cuya expresion traduce Theophilacto [2]: *Glorificaron á Dios*; pues recibiendo el bautismo del primero y haciendo penitencia

[1] Lucæ cap. 7, vs. 29 et 30.

[2] Theophil. in cap. 7, Lucæ.

por sus exhortaciones, estaban dispuestos á recibir al segundo y á creer en su doctrina, cuando los fariseos y doctores de la ley, habiendo abusado de la condescendencia de Dios en esta caritativa distribucion de sucesos, no habian querido por la mayor parte, ni sujetarse al bautismo de Juan, ni abrazar la penitencia, ni tampoco tomar las saludables lecciones del Salvador, que obstinadamente despreciaron; todo lo que fué motivo para que el Señor se quejase de ellos con la mayor amargura de su corazon y dijera: ¡A quién compararé yo esta generacion de hombres incrédulos que con nada se mueven? ¡A quién serán parecidos? Yo imagino ver entre vosotros aquellos niños enfadosos y molestos, cuya ignorancia teneis, aunque ellos no tienen vuestra soberbia y orgullo, á los cuales otra porcion de ellos reprende en la plaza pública porque se desafiaron de cantar ó llorar con ellos.

En efecto, era costumbre entre los hebreos ejercitar á sus niños en juegos honestos que les indujesen á la virtud y les apartasen de los vicios. Dividíanse en medio de las plazas en dos bandas iguales, y mientras los unos cantaban un cántico de alegría, entonaban los otros una elegía ó canto fúnebre, como burlándose de las trasmutaciones repentinas de la vida presente; y acriminándose después los unos á los otros, increpaban los primeros á los segundos porque no habian cantado y saltado con ellos, y los segundos se quejaban á su vez porque los primeros tampoco con ellos habian llorado: y ved ahí, decía el Salvador, un retrato vuestro, poseidos siempre de la soberbia, de la envidia y del descontento. ¡Cuánto motivo hay para reprimirlos esa dureza inflexible con la que con tanta obstinacion resistís á los que usan de todos los medios para atraeros á la perfeccion! Aquel de quien acabo de hablaros y cuyo elogio habeis oido, enviado de Dios, apareció entre vosotros, penitente, austero y en todo mortificado; apenas comia ni bebia, absteniéndose como de cosas prohibidas del pan, del vino y de las viandas mas comunes; y vosotros en vez de imitar su penitencia, tan necesaria á los pecadores, dijisteis: Este está poseido del demonio, y el espíritu que le domina es tético, horrible y feroz, pues huye de toda sociedad y de todo trato y comunicacion lícita, honesta y racional.

Dejóse ver y apareció entre vosotros el hijo del hombre á quien el Bautista anunciaba, el que ha querido comer y beber con vosotros, no habita en los desiertos, trata familiarmente con todos y nada tiene de singular en el modo comun de vivir, y asimismo murmurais de su conducta y procurais en todo desacreditarle. Ved ahí, decís un hombre gloton y devorador, amigo de comer y beber: gusta del vino, se alegra en compañía de los publicanos y no desdena la amistad de los pecadores. Pero así como estas calumnias y blasfemias no sirven sino para haceros muy culpables, así los medios que la Providencia ha empleado para obligaros al cumplimiento de vuestra obligacion solo sirven para justificar la sabia conducta del Padre celestial con vosotros, miserables pecadores, á quienes ha tratado como á sus hijos, bien que nada ha visto en ellos que merezca esta noble cualidad. Juan con su cualidad os incitaba á la penitencia y al arrepentimiento de vuestros pecados, y no quisisteis imitarle ni arrepentiros; y comiendo y bebiendo con vosotros el Hijo del hombre, os incita á alegraros y á dar gracias á Dios por sus misericordias y por los favores que os dispensa por medio de su Hijo, y tampoco quereis hacerlo. Ni llorais con Juan que os predica la penitencia, ni os alegrais con Cristo que os anuncia la misericordia: sois rebeldes en verdad, ingratos y obstinados.

Otro documento igualmente sublime encierra esta reprension de Jesús á los escribas y fariseos. Precediendo Juan á Cristo y predicando la penitencia, era la figura de la vida presente que pasa con la mayor velocidad y debe emplearse en lamentos y penitencias; y siguiendo Cristo á Juan y predicando la paz, el gozo, la gracia y la misericordia, era la verdadera imagen de la vida futura, que todo será paz, gozo y contento eterno. Por lo que habia dicho el Salmista [1]: *Aquellos que sembraban con lágrimas, segarán llenos de gozo.* Pero los perversos judios viendo la austeridad de Juan no se movieron á penitencia, ni viendo después las dulzuras de Cristo tampoco se movieron á piedad; por lo que dice san Gerónimo [2]: *Cantábamos y os provocábamos para que al son y compás de nuestros cánticos vosotros obráseis bien, y no quisisteis; llorábamos para pro-*

[1] Psal. 125, v. 5.

[2] Div. Hieronim. in cap. 11 Math.

vocaros á penitencia, y tampoco os movisteis á hacerla; despreciásteis una y otra predicacion, así la que os exhortaba á la virtud como la que os incitaba á la penitencia. Pero siempre tenaces en el mal, decís que os agrada el ayuno. ¿Por qué pues os desagrada Juan? ¿Os gusta tambien la hartura? ¿Y cómo es que aborreceis al Hijo del hombre? Ved ahí en esto clara y patente la malignidad de vuestra lengua; ella juzga y condena á los que comen y ayunan, y á unos y á otros desgarrá y maldice: maldice á Dios y á los hombres; no hay quien pueda libertarse de su venenosa mordacidad. A estos son semejantes los maldicientes ó injustos detractores que siempre echan á mala parte las acciones buenas y las obras santas de sus hermanos: el que por ellos se ve injustamente censurado y escarnecido, puede quejarse como Job y decir [1]: *Tute por hermanos los dragones y por compañeros los avestruces.* Por sí mismo y por medio de Juan hizo cuantos esfuerzos pudo para introducir los judíos en el reino de su Padre; pero pudo quejarse muy bien por el profeta y decir [2]: “Mi amado adquirió una viña en un collado muy fértil, la cual cercó de seto y la despedregó y la plantó de *“cepas escogidas,* y edificó una torre en medio de ella, y construyó en ella un lagar, y esperó hasta que diése uvas; y las dió silvestres. Ahora pues, ¡habitadores de Jerusalem! y vosotros, ¡oh varones de Judá! sed jueces entre mí y mi viña. ¿Qué es lo que debí hacer y no haya hecho por mi viña? ¿Acaso porque esperé que llevase uvas y ella dió agraces? Pues ahora os diré claramente lo que voy á hacer con mi viña: le quitaré su cerca y será talada, derribaré su tapia y será hollada, y la dejaré que se convierta en un erial; no será podada ni cavada, y crecerán en ella zarzas y espinas, y mandaré á las nubes que no lleven gota sobre ella. El hecho es que la viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel, y los hombres de Judá son su plantel delicioso, y me prometí de ellos juicio y acciones justas, y no veo mas que iniquidades; y esperé la justicia, y no oigo sino clamores en los oídos.” Por eso se quejaba tan justamente el Señor de la poca impresion que las predicaciones del Bautista ni las suyas propias habían hecho en los corazones de los escribas y fariseos.

[1] Job. cap. 30, v. 29.

[2] Isaías. cap. 5, v. 8 et seqs.

Nada podia esconderse á la altísima comprension del que era infinitamente sabio, y se quejaba tambien con amargura de su alma de que se hallasen pocos fieles en Galilea, donde habia llevado la luz del Evangelio. Mas de una vez la habia hecho resplandecer en Cafarnaum: tambien habia visitado á Corozain y Bethsaida; por todas partes habia anunciado el reino de su Padre; en todas habia obrado grandes milagros, y en ninguna habia recogido los frutos de penitencia que prometian sus divinos trabajos. Con empeño y á porfía acudían á oirlo, solicitaban sus beneficios y favores y se aprovechaban de ellos; pero acostumbrados á recibirlos, se quedaban sin reformar sus costumbres: por esto lleno de nueva indignacion, acompañado de dolor y de piedad, dirigió su vista sobre aquellas ciudades y exclamó: ¡Ay de tí, Corozain! ¡Ay de tí, Bethsaida! porque si en Tiro y en Sidonia, ciudades idólatras y corrompidas, se hubieran obrado los prodigios que se han hecho en tí, y de que has abusado, ya hubiera mucho tiempo que habrían abrazado la penitencia que sin efecto yo te he predicado. Ya se hubieran visto sus habitadores humillados y contritos, y cubiertos de saco y de cilicio, y sentados ó yaciendo en la ceniza, hubieran hecho penitencia. Por tanto os digo que habrá mas tolerancia con Tiro y Sidon, y serán tratadas con mayor indulgencia en el día del juicio que vosotros; porque pecaron menos aquellas ciudades gentiles que vosotros, ¡judíos obstinados. Los gentiles ni recibieron la Ley escrita, ni tuvieron predicadores ni vieron milagros, y así solo quebrantaron la ley natural. Los judíos empero oyeron la doctrina sana y santa, vieron muchos milagros, y después de haber traspado la ley natural y escrita, quebrantaron la de gracia; estimaron en poco los milagros, y serán castigados por su ingratitude; pero estos mas severamente, aquellos con mas blandura; porque es pecado mucho mas grave despreciar y reprochar la fe después de haberla oido anunciar, que morir en la gentilidad. De lo que se infiere que guardada la igualdad de circunstancias será mucho mayor la pena de los cristianos que la de los infieles, y proporcionalmente será tambien mayor segun las diversas jerarquías, grados y condiciones de los hombres, y segun la variedad de dones y gracias que recibieron de Dios y desestimaron; porque está escrito: *Que aquel á quien se dió mucho, mucho se exigirá.*

rá de él; que los poderosos serán poderosamente atormentados [1].

Con aquella severidad propia solamente de su majestad y grandeza, fijó Jesús su vista sobre Cafarnaum y dijo: Y tú, Cafarnaum, ennoblecida y ensalzada hasta el cielo con mi presencia, doctrinas y milagros, ¿imaginas levantar allá tu cabeza? ¿Piensas que tu gloria y tus riquezas durarán para siempre? Tú serás abatida y confundida. En el día en que el Hijo del hombre venga como severo é inflexible juez á juzgar á los vivos y á los muertos, serás enteramente aniquilada y precipitada hasta el profundo del abismo. Pues si los prodigios que tú has visto y los milagros que se han obrado dentro de tus muros se hubiesen obrado á la vista del Sodoma, quizá subsistiría hoy aquella ciudad que fué tan terriblemente castigada, porque se hubiera enmendado y hecho penitencia. En verdad te digo que los sodomitas serán castigados en el día del juicio con menos rigor que tú. Por estas tres ciudades á quienes amenazó tan espantosamente el Señor, y en la que habia predicado con tanta frecuencia y obrado tantos milagros, son designados aquellos hombres que aunque oyen con mucha frecuencia la palabra de Dios, y ven muchos ejemplos de virtudes, se obstinan sin embargo en la maldad y nunca se determinan á obrar el bien; por lo que guardada la proporcion y la gravedad de circunstancias serán juzgados y tratados con mas severidad y rigor que muchos otros. En Corozain están simbolizados los sabios, en Bethsayda los ricos, en Cafarnaum los carnales que repelen á Cristo de un modo mas especial que los demás. Y debemos considerar, dice san Crisóstomo [2], que unos milagros se obraron en Corozain, otros en Bethsayda, otros en Cafarnaum, y que los que se obraron en una parte, podian ser ignorados y no conocidos en otra; pero nosotros los cristianos sabemos todo lo que obró Jesucristo, porque nos lo refiere el Evangelio: Si Cristo pues llora sobre aquellas ciudades porque no hicieron penitencia, pensar debemos cuánto llorará cada día sobre nosotros que tampoco la hacemos, oyendo referir tambien cada día á la Iglesia, sus excelsas y heroicas virtudes, sus eternas misericordias y los continuos milagros que obró y obra sin cesar, para que corramos en pos de él atraídos

[1] Sap. cap. 6, v. 9.

[2] Div. Crisostom. Hom. 38 in Math.

por la abundancia de gracias que sobre nosotros derrama. Si Cristo hubiese venido en los tiempos de Sodoma y tales milagros hubiese obrado, acaso los sodomitas se hubiesen convertido; y si á los que no quisieron recibir los avisos del justo Loth castigó con azufre y fuego bajado del cielo, ¿qué tormentos nos esperan á nosotros que no queremos oír y despreciamos al mismo Jesucristo?

Es asimismo muy digno de notarse que no dice el Evangelio que solamente entonces *acriminase Jesús y reprendiese* aquellas ciudades, sino que en aquella ocasion *las empezó á acriminar y reprender*. Si entonces empezó, cada día las acrimina y reprende, así como tambien amenaza diariamente á los malos cristianos que están en la Iglesia, en la que se leen estas amenazas terribles: ¡Ay! por tanto de vosotros, hombres perversos, á quienes sin cesar se anuncian estas Escrituras santas, y cual si fuérais áspides sordos, que cada vez endurecen sus oídos, resistís oír las y darlas entera fe; vosotros seréis para siempre maldicidos. Todas vuestras excusas para no volver á Dios, son frívolas y vanas. Teneis vergüenza, decís, de confesar vuestros pecados. ¡Miserables! Decid, ¿cuál es peor, obrar el mal ó confesarlo? Si no os avergonzásteis de obrarlo ante Dios, ¿por qué os ruborizais de confesarlo á los hombres? ¿No temisteis provocar al Señor á venganza y rehusais incitarle á la misericordia? Hasta aquí san Crisóstomo.

El mismo santo doctor en otro lugar añade [1]: Conviene pues entregarse mucho á la lectura de las Escrituras santas, y debemos escudriñarlas no superficial ni simplemente, sino con escrupulosidad y diligencia; porque si así lo hiciéremos, sacaremos de su lectura cuanto nos conviene para conseguir nuestra salud eterna. Si nuestro corazon está sobradamente duro, nuestro entendimiento extremadamente ciego, y nada hemos logrado en otro tiempo, tal vez en este con la lectura santa alcanzaremos mucho. No temas, hombre, ni digas *nada consigo, porque nada hago de cuanto leo y oigo*. Entiende que ya ganaste mucho. Llamaste tu corazon sobre sí mismo y le llenaste de un santo temor: esto no puede ser inútil, sino muy provechoso. Todo cuanto necesitas para conseguir tu salud

[1] Idem. Hom. 52 in Joann.

eterna, todo está consignado en las Escrituras. ¿Eres ignorante? Allí aprenderás. ¿Eres obstinado en el mal? Allí hallarás las amenazas del juicio que te harán temer. ¿Trabajas y te mortificas? Allí están las promesas de la gloria que te alentarán y consolarán. ¿Eres pusilánime y enfermizo? Allí encontrarás medianas comidas, que si no engordan del todo tu alma, al menos no la dejarán morir. ¿Eres magnánimo y fiel? Allí te saborearás con otros manjares mas crasos y fuertes, porque son mas espirituales; despreciarás enteramente al mundo y adquirirás una naturaleza casi como angélica. ¿Estás en fin herido por el diablo y tienes un corazon canceroso á causa de los pecados? Pues allí hay tambien medicinas fuertes y saludables que te animarán á la penitencia y te harán recobrar la salud.

Porque no se evangelizó en otro tiempo el reino de Dios á los que pudieron creer y se anunció á los judios que no quisieron, solo lo sabe aquel cuyos caminos son todos misericordia y verdad [1]. De una manera condena justamente Dios á los malos, dice san Anselmo [2], y de otra perdona asimismo justamente los males que afligen ó con que castiga á los pecadores. Condena justamente á los malos porque lo tienen merecido por sus culpas, y perdona justamente los males con que adige á los culpados, porque es conducente á la manifestacion de su bondad. Ni es precisamente misericordioso porque tenga un corazon compasivo, sino porque expende su piedad y misericordia infinita en favor de los miserables y pecadores. Compadécese del que quiere, no en justicia, sino en gracia [3], y permite la dureza y obstinacion del malvado, no porque sea injusto ó perverso, sino para justificar la justicia y la verdad de su venganza. Y porque el hombre no se contiene y refrena á sí mismo por la severidad de la ley y era declarado reo por el entredicho ó prohibicion que Dios les habia puesto, se le anunció la misericordia mediante la que se salvaran todos los que se refugiassen á ella; cegando mas á los que la desprecian y enviándoles á las promesas hechas á los judios, para que al menos se convirtiesen estos con la

[1] Ven. Bed. in cap. 10 Lucæ.

[2] Div. Ansel. in Prologo, cap. 9.

[3] Div. Agust. in Enchiridion, cap. 99.

emulacion de los gentiles. Esta es la sublimidad de los consejos de Dios, con cuya admirable providencia redujo á los judios y gentiles á la vida eterna que habian perdido en nuestro padre Adan.

Con estas amenazas tan terribles, cuya realizacion podia tenerse por muy segura en su día, porque las justificaban anticipadamente los milagros con los que acreditaba Jesús que era Hijo de Dios, lograba confirmar y fortalecer la fe de su doctrina al pueblo crédulo y sencillo á pesar de las insidiosas maquinaciones con que la astucia de los escribas lo engañaba y corrompia, recayendo aquellas mas en particular sobre todos aquellos engañadores soberbios, que preciados de doctores y maestros de la ley, tenian muy á menos reducirse á la sabia y prudente sencillez del Evangelio; pero como por otra parte no se le ocultaba el gran fruto que de su predicacion habia de recogerse, en aquella misma hora exclamó lleno de gozo y dijo: Yo te alabo y glorifico, oh Padre mio, Señor del cielo y la tierra! porque has concedido estos sublimes misterios de vuestro reino á los falsos y pretendidos sabios, y á los prudentes engañosos del siglo, que se aplauden de sus luces propias y se engríen en la prudencia de sus consejos, y los has revelado á los pequeñuelos, esto es, á los humildes que no se dejan corromper ni engañar y viven en la simplicidad de la infancia. Así es, Padre mio, como habeis tenido por bien de arreglar todas las cosas, y tal es el orden establecido por vuestra sabiduría infinita.

En verdad, los grandes misterios escondidos desde la eternidad en el seno del mismo Dios, se manifestaron y revelaron por Jesucristo á los pequeñuelos y humildes, esto es, á los pescadores y á otros hombres sencillos que no sabian ensoberbecerse. Muy bien, á los sabios y poderosos del siglo opuso los pequeñuelos, dice san Gregorio, para demostrar que condenaba la hinchazon y la soberbia, y no la sublimidad del ingenio ni la sólida y verdadera sabiduría [1]. Para enseñarnos á huir la elevacion y grandeza mas que todos los males y peligros del mundo y á preferir la humildad á todos los aplausos y honores [2], porque el grande honor que pueden ambicionar los hombres está reservado á los verdaderos humildes, pues

[1] Div. Gregor. in cap. 9, Joann.

[2] Div. Crisostom. Hom. 59 in Math.

que solos ellos son los consejeros de los secretos del sumo Rey, llamados y admitidos á las noticias de la verdad. Dió gracias á su Padre porque fueron iluminados los rústicos y sencillos [1], que conociendo su propia pequeñez no atribuyen á sí mismos, sino al Autor Supremo, cualquiera bien que hagan: no llamó á los sabios de los judíos, que preciándose de tales porque anunciaban al pueblo los preceptos de la ley, no lo eran en verdad, porque la verdadera sabiduría no consiste en saber ó en anunciar la ley Señor, sino en cumplirla y en vivir arregladamente á ella. A los sabios segun la carne escondió Dios siempre los misterios de la verdad, no á los sabios segun el espíritu: así es que los sabios de los judíos que siempre tenían entre manos los preceptos de la ley, no llegaron á conocer los misterios de la verdad, y los conocieron y anunciaron unos pobres pescadores que cada día tenían las redes entre las suyas. No se alegró Jesús de que se hubiesen ocultado á los sabios, sino de que se hubiesen revelado á los humildes; porque si esto es digno de gozo, aquello lo es de tristeza. Con lo que se patentiza, dice san Agustín [2], que lo que dispuso á los sencillos y humildes á creer y á recibir la sabiduría, fué la humildad; porque allí donde esta se halla, se encuentra también aquella, y donde está la soberbia solo se hallan la ignominia y la afrenta [3], como se lee en los Proverbios; porque la sencillez servirá siempre como de guía á los justos.

Todas las cosas, continuó Jesús, las ha depositado el Padre en mis manos. El poder soberano como á su Hijo único, y la paciencia, suavidad y dulzura que ejerzo entre los hombres. Yo soy su Rey y su Salvador, su cabeza y primogénito; en una palabra, me ha dado el Padre cuanto es menester para mantener mi dignidad y para salvar los que creen en mí. Soberano y árbitro supremo, tengo autoridad para dar leyes en la tierra y en el cielo, y nada hay que se me oponga y resista. Así fué, es y será siempre y eternamente la voluntad del Padre. Así el Padre reprobó también á los que reprobó el Hijo, y eligió este á los que eligió aquel.

Con estas palabras del Señor recibimos también ejemplos de hu-

[1] Div. Crisostom. Hom. 38 Oper imperfect.

[2] Div. Agust. in Psal. 94.

[3] Prover. cap. 11, vs. 2 et 3.

mildad para que no entremos en discusiones temerarias acerca de los motivos que tuvo para reprobarnos á los unos y á los otros, puesto que después de haber hecho lo uno y lo otro nos dice que así fué la voluntad del Padre [1]. No nos dice empero por qué fué esta su voluntad, sino que le da gracias porque así lo dispuso y le agradó. Sea pues próspero ó adverso lo que al hombre suceda, nunca debe entrar en examinar las disposiciones del Altísimo, sino que debe darle gracias por todo, porque así lo dispuso, y sin justicia y razón nada dispone ni ordena. Dios no le crió para que sea un examinador curioso y crítico de sus disposiciones; ni un juez severo de sus obras, sino que le crió para que le diese honra y gloria y fuese un siervo humilde, fiel observador de sus preceptos [2].

Nadie sabe quién es el Padre ni nadie conoce tampoco quién es el Hijo; solo el Padre le conoce y solo el Hijo conoce al Padre, tal y tan grande como es, y solo aquel le conocerá á quien el Hijo tuviere por bien de revelarlo. No se crea que aquí se excluye el Espíritu Santo del conocimiento del Padre y del Hijo, porque la excepción que pone es *esencial* y no *personal* y el Espíritu Santo tiene la misma esencia y naturaleza divina que el Padre y el Hijo. Y como Cristo Hijo de Dios vivo es mediador entre Dios y los hombres, por esto la noticia de las divinas personas y sus atributos se nos reveló por el Hijo; pero no se entienda que esto significa la comprensión de la esencia y naturaleza divina, porque esto es imposible á una pura criatura.

Diciendo que Jesucristo es el mediador entre Dios y los hombres y habiéndonos él mismo asegurado que todo lo depositó el Padre en sus manos, pudo muy bien añadir: Venid á mí todos los fatigados, todos los oprimidos y agobiados con trabajos y cargas pesadas, porque es tal la condescendencia de mi bondad, que lo profundo de mi doctrina no debe aterrar ni hacer caer de ánimo á alguno de mis discípulos, ni la altura ni extensión de mi dominio deben asustar á algunos de mis súbditos. Venid creyendo y obedeciendo; venid, no con los pies, sino con las costumbres, no con el cuerpo, sino con la fe; venid para rogarme con la esperanza, para acompañarme por la

[1] Div. Gregor. lib. 11, Moral.

[2] Div. Crisost. Hom. 23 Oper. imperf.

imitacion, para gozarme por la glorificacion. Venid los que estais encerrados, yo soy la puerta; el que entra por ella encuentra el verdadero y único pasto espiritual para su alma y halla el camino que conduce á la vida eterna. Venid los que estais enfermos, yo soy el único médico que reparto la salud. Venid los que navegando por el mar proceloso de este mundo estais á punto de naufragar; yo soy el puerto de la envidiable seguridad y descanso eterno, feliz término de vuestra carrera y principio de una interminable felicidad. Venid los que os afanais en los trabajos de este mundo, bien sea segun la naturaleza con que nacisteis, bien cargados con las culpas con que os hicisteis reos, bien agobiados con el remordimiento que no os permite vivir, ó bien atormentados con la espantosa idea del castigo que os espera. Venid, que yo os aliviaré y consolaré. ¡Oh! ¡Y cuánto trabaja el lascivo para satisfacer sus pasiones, el avaro para llenar sus deseos, y el ambicioso para conseguir los honores y dignidades que apetece, y cuán poco atiende la voz interior de la gracia con que el Señor le llama! ¡Oh dignacion admirable de nuestro buen Dios! ¡oh caridad inefable! ¡oh palabras de infinita dulzura! ¡oh palabras de suma eficacia y consuelo! ¡oh, cómo convida á los enemigos! ¡cómo exhorta á los reos! ¡cómo halaga á los ingratos!

Venid, repite, no el uno ó el otro, no este ó aquel, sino todos los que fluctuais entre las solicitudes, tristezas, angustias y agonias de vuestros pecados. Venid, no para que yo tome venganza de vosotros, sino porque quiero perdonarlos todos. Venid, no porque yo necesite de vuestra gloria, sino porque deseo vuestra salvacion; y sabed que no solamente os descargaré y aliviaré, sino que os daré fuerza y vigor. Os fortaleceré con el pan de la doctrina santa, con el Eucarístico y con la gracia y la gloria, y os recrearé y os consolaré en esta y en la otra vida. A él pues es preciso ir, porque es el descanso de los que trabajan, porque es el aliviador de los que están cargados, porque es el fortalecedor de los desmayados y hambrientos, y porque no vino á llamar los justos sino los pecadores á la penitencia, á la misericordia, á la gracia y á la gloria [1].

Clama el mundo al hombre y dice: mira que yo he de faltar; cla-

[1] Div. Crisostom. Hom. 39 in Math.

ma la carne y asegura que ha de morir y matar; y clama Cristo y dice: ven á mí, que yo sanaré tus dolencias, aliviaré tus cargas, te daré vida y salud; no te engaño ni te faltaré jamás. ¿A quién irás? Baja tu cerviz, recibe el yugo de mi ley, yo te ayudaré á llevarlo. ¿A quién creerás? Arroja pues el yugo de la ley durísima del pecado y de la afanosa solicitud de las cosas temporales que es tan trabajosa, tan molesta y pesada, y recibe de buena voluntad el de la ley dulce y suave de mi Evangelio; y entiende que le llama yugo porque une los judíos y los gentiles en una sola fe; yugo de caridad y amor porque une los hombres con Dios; de penitencia y mortificacion porque sujeta la carne al espíritu, y de cruz y fortaleza porque es el que llevó el mismo Jesucristo padeciendo y muriendo por nosotros; por esto le llama *yugo suyo*, porque primero lo llevó sobre sí por nosotros, antes enseñando, después padeciendo, luego muriendo, siempre amando. ¡Oh carga gratísima, y con tal ejemplo y Maestro suave y llevadera, que siempre conforta mas y mas á los que la llevan! ¡Cuándo conocerán los hombres tu suavidad, y te abrazarán con gozo, y llevarán con gusto! La carga que los señores de la tierra imponen á sus súbditos, debilita paulatinamente y destruye las fuerzas de los que la sufren; pero la carga que Cristo impone, en vez de abrumar ayuda, porque la gracia de Dios, que todo lo dulcifica y aligera, se nos da como ayuda [1].

Nunca quiere confesar el hombre su propia y natural ignorancia, consecuencia precisa del pecado en que es concebido; pero aunque la generalidad incurra en este defecto, no faltan sin embargo espíritus humildes que la conocen y confiesan y que acercándose á Dios por medio de la oracion, le ruegan con humildad fervorosa y verdadera fe se digne enviarles desde su cielo santo y desde el trono de su majestad y grandeza, el espíritu de la sabiduría, para que morando en su corazon les enseñe lo que deben hacer para agradarle, y á estos parece que llamó muy particularmente el Señor en esta ocasion y les dijo: Venid á mí tambien los que conocis y confesais vuestra ignorancia, y llorais inconsolables porque veis las densas tinieblas que ofuscan vuestro entendimiento; venid y aprended

[1] Div. Crisostom. Hom. 29 Oper. imperf.

de mí, que soy un Maestro dulce, suave y humilde de corazón; venid y vereis como soy así, y lo sabreis por vuestra propia experiencia. Yo os guiaré sin aspereza; yo os enseñaré sin aquel fausto y aparato exterior con que se presentan en sus cátedras y en las sinagogas los maestros y doctores de la ley. Yo os instruiré sin soberbia. *Aprended de mí*, que os enseño con las palabras y con el ejemplo, *porque soy manso* exteriormente en las costumbres, interiormente en los afectos de mi corazón, y nada finjo para adquirir alabanzas humanas. *Soy manso* porque á nadie daño, *humilde* porque á nadie desprecio. *Y lo soy de corazón* porque á nadie engaño. Tres cosas dignas por cierto de ser siempre imitadas: mansedumbre en la conversacion, humildad en los pensamientos, verdad en las intenciones y palabras, porque con estas tres se engendra, nutre y fomenta el verdadero amor. Aprended de mí á ser tan mansos en vuestras costumbres, que á nadie dañéis; tan humildes en vuestro entendimiento, que á nadie despreciéis; y sedlo en vuestro corazón, para que vuestras obras atestigüen vuestros afectos.

Adviértase pues que no dijo aprended de mí que soy poderoso, ni aprended de mí que soy glorioso, sino que soy manso y humilde, y eso podeis imitarlo muy bien [1]. Toda la medicina que necesitamos para sanar nuestras dolencias, está compendiada en estas palabras: Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón; aprended, dice, humanos, como observa san Agustín [2], no á fabricar el mundo, no á crear todas las cosas visibles, no á hacer milagros en el mundo, no en fin á resucitar muertos, sino porque soy manso y humilde de corazón. Y san Bernardo añade [3]: ¿Qué diré del autor y repartidor de todas las virtudes, Cristo Señor nuestro, *en quien están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia, y en el que habita toda la plenitud de la Divinidad corporalmente, esto es, real y sustancialmente* [4], no se glorió acaso de la humildad, como del compendio y suma principal de su doctrina y de sus virtudes? Aprended de mí, dice, no á ser sobrios, ó castos, ó pru-

[1] Div. Ambros. in Psal. 118.

[2] Div. August. Serm. 10. De verb. Domini.

[3] Div. Bernard. sup. cap. 11 Math.

[4] Div. Paul. ab Coloss. cap. 2, vs. 3 et 9.

dentes, ó á tener otras de estas virtudes, sino á ser mansos y humildes de corazón; y para que aprendais, no os envió á las doctrinas de los patriarcas ni á los libros de los profetas, sino que yo mismo me ofrezco á vosotros por modelo y ejemplo de humildad. Sobre todo, lo que dice san Gregorio [1]: Para darnos este ejemplo y forma de humildad, vistió el Unigénito Hijo de Dios el saco de nuestra mortalidad: á este fin el que era invisible no solo apareció visible, sino abatido y despreciado: á este fin toleró y sufrió las afrentas, las mofas y escarnios, las irrisiones y desprecios, y los tormentos, la pasión y la muerte, para enseñar al hombre soberbio que aprendiese á ser humilde. Cuánta sea la celsitud de la virtud de la humildad, puede conocerse en aquel que para enseñarla verdaderamente á los hombres, siendo sin comparacion alguna el mas grande é inestimable de todos, se hizo pequeño en su nacimiento, en su pasión y en su muerte. De la cumbre de la mayor altura descendió hasta lo mas ínfimo para dar gloria al género humano. Porque el origen de nuestra perdicion fué la soberbia del diablo, el instrumento de nuestra redencion fué la humildad de Dios: así pues como el Redentor humildísimo rige y gobierna el corazón de los humildes, así tambien el soberbio Leviathan rige el de los soberbios; y se conoce claramente que la soberbia es el signo mas distintivo de los réprobos, así como la humildad lo es de los elegidos.

De esta manera continuó el mansísimo y humilde legislador: Siendo súbditos y discípulos míos, encontrareis el descanso para vuestras almas, pues el yugo que yo os impongo no es áspero, sino suave, y es muy ligera la carga que quiero que lleveis, es la carga ligerísima de la caridad. No dijo *hallareis descanso* y calló, sino que añadió *para vuestras almas*; porque la observancia de los mandamientos de Jesucristo son en este mundo descanso para las almas y no para los cuerpos, segun observa el Crisóstomo [2]; porque aunque el cuerpo trabaja y se entristece, el espíritu se alegra y fortalece con la esperanza del premio y descanso eterno. Nada hay duro para los que aman, ningun trabajo se les hace dificultoso é insoportable [3]. Amemos á Cristo y nos parecerá fácil todo lo difi-

[1] Div. Gregor. lib. 34. Moral. cap. 22 et 23.

[2] Div. Crisostom. Hom. 28. Oper. imperf.

[3] Div. Hieronim. in cap. 11 Math.

cil. Sigámosle con gusto y buena voluntad, y á vista de sus ejemplos nada hallaremos en su ley que nos repugne. No engaña ni pudo engañar el divino Legislador á los que sobre su palabra se han sujetado su conducta y abrazado su moral; porque nada da tanta pena al hombre como lo que se le hace abrazar contra su voluntad ó ignorándolo él mismo. Por austero que parezca el Evangelio, en él hallan suavidad y dulzura, y consuelo y alivio en las pesadumbres de la vida cuantos le observan sin repugnancia; y si alguna molestia sienten, la causa precisamente la santa impaciencia con que viven, por no poder unirse con su Dios con lazo indisoluble de la eterna caridad con que desean amarle.

Cuanto pudo agrandar este discurso del Salvador á los pequeñuelos y humildes que á su alrededor se hallaban, viendo que les ensalzaba y alababa, y que á ellos solo reservaba sus favores y prometía su confianza, otro tanto y mucho mas aun debió desagradar á los escribas y fariseos que estaban presentes viendo tan reprobada y justamente condenada su hinchazon, vanidad y soberbia. Con ojos aviesos y corazon vengativo miraban al Salvador, y cada vez mas juraban contra él una terrible venganza. Con todo, entre los concurrentes hubo uno que, ó bien fuese por convencimiento ó desengaño, ó por un efecto de política, ó por no estar tan preocupado como sus colegas, ó por ser mas disimulado que ellos, quiso acreditar no haberse escandalizado mucho de la indignacion que el Señor habia manifestado contra la indocilidad é hipocresía de su secta; y así en vez de prorumpir con imprecaciones y blasfemias contra tan divino Maestro, tuvo á bien convidarle á comer, y Jesús, que sabia bien lo que habia de suceder durante el convite y que de allí habia de resultar un gran remedio contra la soberbia de los fariseos, lo admitió con gusto. Por mas que fuese sorprendente ver á Jesús sentado en la mesa de un fariseo tan célebre como *Simon el leproso*, no debe admirar á los que conocen el carácter manso y pacífico que distinguía á aquel que nadie desdafiaba, y el deseo que á este animaba de justificarse á la presencia del Salvador y hacer por soberbia alarde de su justicia, cuya enfermedad conocida no quiso dejar el Médico soberano sin procurar su curacion; pues aunque condenaba el proceder de sus enemigos, no los aborrecía y se hallaba con

gusto en cualquiera parte donde podia ejercer con ellos los oficios de su caridad.

Sencilla y lacónicamente nos dice el Evangelio, que habiendo condescendido el Salvador con los ruegos del fariseo, entró en su casa y se sentó á la mesa. No es extraño, porque comía con los publicanos y pecadores para tener mejor ocasion de corregir sus faltas y vicios y reducirles á la penitencia. Simon convidó á Jesús para ocultar la soberbia y fiereza que contra él le animaba, y no supo ó no pudo hacerlo, faltando á todas las atenciones que segun la costumbre de los judíos debió haber tenido con el divino huésped que en su casa estaba. No sin motivos de pública instruccion para nosotros le convidó; porque huésped tan dádovoso es digno de serlo; y si él voluntariamente se convida, no debe ser desdafiado, pues donde él entra, entran con él todos los bienes, porque sus tesoros son inagotables. Pusieronse á la mesa segun la costumbre establecida por los romanos, y adoptada por los judíos de mas consideracion y rango. Sentábase los convidados á la mesa medio recostados sobre una especie de camillas [1], con la cara vuelta hácia la mesa y los piés hácia fuera, cuya postura es conveniente notar para entender bien toda la serie de este importante acontecimiento.

Habia en la ciudad (Cafarnaum) [2] una mujer pecadora, cuyos desórdenes habian sido ruidosos; y después que el Salvador predicaba en ella públicamente, habia hecho serias reflexiones sobre el escándalo de su conducta y sobre el peligro de su mal estado; pero ella habia formado una idea del poder y bondad de Jesús, muy diferente de la que habian concebido muchos otros de los que hasta entonces habian venido á él. Estos no habian implorado su asistencia sino solo para las incomodidades y males corporales; pero ella, deseosa de salir del peligro en que se hallaba, se arrepiente de sus culpas, resuelve no pecar mas, llora y suspira por el perdón. La anima la bondad de Jesús, porque le ve en casa de un fariseo al

[1] Las butacas de nuestros dias y las sillitas llamadas de columpio que se usan entre los modernos asiáticos, parecen ser tomadas de las modas del judaísmo. ¡Valganos Dios! ¡Y qué prurito por judaizar! . . .

[2] Aunque dice el venerable Beda que este suceso se verificó en una de las ciudades de Galilea, no la expresa, y tan Agustín asegura que no pudo ser otro sino Cafarnaum. Lib. 2.^o de conseru Evangelist. cap. 79.

que habia sanado de una enfermedad tan hedionda como la lepra, y no duda que tambien podrá sanarla de las asquerosa lepra de las pasiones de que se halla acometida, y se persuade que logrará esta dicha si logra hacerle juez de su dolor y testigo de su confianza. Llevada en alas del amor hácia tan divino Maestro, de quien espera el tan gran bien que apetece, solo busca una ocasion para arrojar-se á sus piés, y nada la detiene tan luego como cree haberla encontrado. Sabe que el Señor come en casa da Simon, de quien era conocida; que hay un gran concurso de gentes y muchos convidados; pero no la detienen mundanos respetos ni vanas consideraciones. El amor la lleva, el amor la conduce, el amor la alienta, todo lo vence el amor.

Entra con la cabeza inclinada, fijos los ojos en la tierra, pasa por delante de los convidados y no descansa hasta llegar á Jesús; y poniéndose entonces detrás de sus piés, se arroja y postra con la mayor humildad; no se pone delante porque la memoria de sus delitos la causa confusion y vergüenza: pega su rostro contra los piés de su Salvador amantísimo con la mayor confianza, porque ya le amaba sobre todas las cosas y con la mayor intensidad, porque ya ardia fuertemente su pecho con el fuego del amor divino, y con la misma fortaleza y vehemencia empieza á suspirar; sollozar y llorar con tanta abundancia, que las lágrimas que de sus ojos corrían bastaron para lavar perfectamente aquellos soberanos y divinos piés, que tanto habian corrido para buscarla.

Cuán grande seria su contricion, cuán abundantes las lágrimas de su penitencia, y cuán intenso el dolor de su corazon que salia al parecer derretido por sus ojos, pueda comprenderse muy bien cuando se dice, que sus lágrimas bastaron para lavar los piés de Jesús, y cesando el llanto los enjugaba con sus cabellos; pero creciendo mas y mas el amor en su corazon, los besaba una y otra vez con dulce ternura, sin que tantas demostraciones pudiesen satisfacer cumplidamente las ansias de su abrasado espíritu. Jesús andaba sin cesar, y sus piés santísimos estaban no solo fatigados por el cansancio de los caminos, sino como descarnados y endurecidos, y ella se los ungió con un bálsamo riquísimo que traía á prevención en un vaso ó redoma de alabastro muy precioso. Y si tales eran las de-

mostraciones exteriores que á todos causaban la mayor admiracion, ¿cuáles serian las disposiciones interiores que mas obligaban al Señor y su Majestad divina conocia?

En la colocacion y postura de María á los piés del Salvador se conoce su humildad, y en las lágrimas que vierte y con las que los riega, se demuestran su verdadera penitencia y la compuncion de su corazon; y como que esconde y borra estas mismas lágrimas con los hermosos cabellos de su cabeza, acredita que no es de aquellos que hacen sus obras para ser vistos y aplaudidos de los hombres. En los ósculos mostraba la paz interior y el amor y caridad de que estaba lleno su corazon, y en el unguento con que los ungia acreditaba la dulzura y devocion de sus afectuosos obsequios; por lo que dice san Gregorio [1]: Pensando yo en la penitencia de María Magdalena, me siento mas dispuesto á llorar que á hablar. ¿Qué pecho habrá, aunque sea de perla, al que no ablanden las lágrimas de aquella mujer pccadora y no le sirvan de ejemplo para arrepentirse? Pensó bien lo que habia hecho, y desconoció el modo ó la moderacion en lo que habia de hacer. Entró á pesar de los convidados, se presentó sin ser llamada, y en lugar de las viandas que en la mesa se ofrecían al Señor, derramó tiernas lágrimas á sus piés. Conoced pues cuál sea el dolor de aquella que no se avergüenza de llorar entre las delicias de un convite, y porque solo tuvo presentes las lágrimas de su torpeza, corrió para lavarse á la fuente de la misericordia. De esta manera sin decir una palabra solicitaba la penitente pccadora la gracia y se disponia para ella. Lo que habia observado para sí para hacerlo servir á la torpeza, ya lo ofrecía y consagraba con afecto generoso y laudable á Dios. Con los ojos habia deseado las cosas de la tierra, y los humillaba por la mortificacion y penitencia sin atreverse á levantarlos para mirar al único que podia consolarla. Habia hecho servir sus cabellos para que su compostura hiciese resaltar mas la belleza de su rostro y fuesen un adorno de su cabeza; pero ya empapados en lágrimas eran un testimonio de su arrepentimiento. Con su boca habia hablado palabras vanas de soberbia y de orgullo, y besando sin cesar con ella los piés

[1] Div. Gregor. Hom. 33 in Evang.

del Redentor, demostraba estar enteramente dispuesta á seguir sus pisadas. Cuantas cosas halló en sí misma para que le sirviesen al deleite, otras tantas hizo servir al servicio de su Dios. Contrapuso al número de sus crímenes el de multiplicadas virtudes para consagrarse al Señor por la penitencia mucho mas de lo que le habia despreciado por la culpa. Mira pues bien, ¡oh hombre! esta mujer: contempla su devocion y detente á meditar seriamente sobre ella, porque sus hechos son sobremenera grandes. Contempla la inmensa benignidad con que Jesús recibe, y la inimitable paciencia con que tolera y sufre todo lo que ella hace, y verás que cesa y deja de comer hasta que se concluye este misterioso negocio, y que cesan igualmente todos los convidados sorprendidos con la inesperada novedad de cuanto á su vista pasa. ¡Oh, qué bondad tan grande la de Jesús! te verás precisado á clamar. Solo él es infinitamente misericordioso. Solo él podrá recibir con tanta bondad á los pecadores. Y solo él es el que puede y quiere tranquilizarnos y consolarnos.

El fariseo que habia llamado al Salvador al convite, pero que no lo habia invocado en el fondo de su corazon, lo que sin duda le hubiera sido mucho mejor, justo en la apariencia, pero verdaderamente soberbio, no daba ninguna muestra de compasion, y olvidado de su natural fragilidad así como de su perverso indole y tendencia al mal, murmuraba en el fondo de su corazon; y vacilando y casi perdiendo en su interior el buen concepto que de Jesús habia formado, iba diciendo entre sí mismo: Si este hombre fuera tan gran profeta como se cree, sabria sin duda qué mujer es la que llega á tocarle y no permitiera que se le acercase una persona públicamente deshonrada por sus excesos. No desconocia Jesús cuanto en el corazon del fariseo pasaba; y aunque hubiera podido reprenderle públicamente su temeridad, quiso portarse de otro modo con él para no causarle una pública confusion, y al mismo tiempo manifestarle caritativamente su falta, y así le dijo: Simon, tengo una cosa que decirte. Decid, Maestro, respondió el fariseo, que os escucho.

Un acreedor, continuó el Salvador, tenia dos personas que le debian; debíale el uno quinientos dineros de plata y el otro cincuenta; mas hallándose ambos tan pobres que no tenian de dónde devolver-

solo, perdonó á entrambos la deuda. Dime pues ahora, ¿cuál de estos dos deudores te parece que ha de amar mas y ser mas agradecido con el acreedor que les hizo el beneficio? Quería el Salvador dar á conocer con esta pregunta al fariseo soberbio, que en aquel momento era Dios menos amado de él que de la mujer pecadora, y esperaba su respuesta para traerle al punto de la cuestion que se proponia desenvolver. Yo creo, respondió Simon, que el que mas le ame y agradecido esté sea aquel á quien mas se perdonó. Bien has juzgado, repondió Jesús, midiendo el amor que inspira el recocimiento con la grandeza del beneficio. Tu pensar es justo, pues cuanto mas se da mayor amor se muestra, y cuanto mayor amor se muestra, mas mérito hay para ser amado. El amor que nace de la esperanza es semejante al que produce el agradecimiento, y así es que después del perdon y donacion gratuita, ama mas aquel cuya deuda era mas considerable; porque el deudor conoce que es mayor la liberalidad que con él se usó. Pues lo que no se presume de un hombre respecto de otro hombre hasta que se le han concedido el favor y la gracia, se advierte y nota en los penitentes antes que se les perdonen los pecados. Los mas delincuentes son ordinariamente los mas fervorosos. Aman mas porque se ven cargados de mayor deuda, y por eso esperan mayor misericordia; y si no lo crees, atende. Voy á presentarte una comparacion; ella te procurará el convencimiento y acallará la injusta censura con que me acriminas en el fondo de tu corazon.

Dicho esto se volvió el Señor á la mujer penitente que á sus piés tenia, y que tanto tiempo hacia estaba esperando una mirada de compasion, y mostrándola al fariseo que la murmuraba y despreciaba le dijo. ¿Ves esta mujer? Pues haz una justa reflexion sobre todo lo que ha hecho conmigo, y muy luego conocerás la gran diferencia que hay entre tí y ella por lo que tú has dejado de hacer. Convidado por tí y á ruego tuyo entré en tu casa; y contra la costumbre de la mas vulgar urbanidad no me diste agua para lavar los piés que las tenia cansados y dolientes del camino, llenos de polvo y barro, porque ves que ando descalzo; y ella sin reparar en la inmundicia de que estaban llenos, ha venido á buscarme á tu casa y todos la habeis visto lavármelos con sus lágrimas y enjugarlos con

sus cabellos. Tú no me has dado el ósculo de caridad, de cortesana y de paz que se acostumbra dar en su casa propia á las personas de consideración y calidad; y ella desde el punto que entró no ha cesado de besar mis piés. Tú no has empleado ni aun el aceite comun para ungrir mi cabeza, y ella ha empleado el bálsamo mas precioso que tenia para ungrir mis piés. No te admire pues cuando por tantos hechos justifica lo mucho que ama, si te digo y aseguro que le son perdonados sus muchos pecados, porque su amor tambien ha sido mucho. Si con cualquiera otro pecador no se usa de tanta liberalidad; si se le dejan muchas faltas que espiar y penas que padecer, es porque no juzgándose tan culpado es mas remiso en su amor. No te ensorberzas pues si teniendo tú tambien necesidad de un gran perdon se te perdona poco, porque tu amor es muy pequeño é inferior.

Tenemos necesidad de una alma fervorosa, dice el Crisóstomo [1], porque nada impide al hombre hacerse grande. Ninguno desespera de los que se hallan cargados con multitud de pecados, ni tampoco se duerma el virtuoso. No confie esto demasiado, porque es muy posible que una mujer meretriz le aventaje y exceda, ni desconfie aquel, porque puede muy bien suceder que llegue á aventajar á los primeros y mas avanzados en la virtud. ¿Qué pensais, hermanos míos, que es el amor sino fuego [2]? ¿Y qué creéis que es la culpa sino hollín? Ved ahí la razon por qué se dijo á la mujer pecadora que se le perdonaban todos sus pecados: porque habia amado mucho. La abundancia del fuego del amor consumió la multitud del hollín, y aunque parezca duro, ninguna dureza resiste la fortaleza del fuego de la caridad, con el que todas las malezas se acaban y consumen.

Muy fácil pudo ser al fariseo hacer la justa aplicacion de esta tan importante doctrina, cerciorado como debió de quedar y convencido de la ventaja que el amor de aquella mujer llevaba al suyo, y que por consiguiente teniendo á su vista un tan bello modelo que imitar, le era muy fácil conseguir aquellas mismas gracias y favores que la pecadora habia conseguido. No queria el Señor que aquella mu-

[1] Div. Crisostom. Hom. 36 in Math.

[2] Div. Gregor. Hom. 33 in Evang.

jer penitente que aun á sus piés estaba, esperase por mas tiempo la sentencia favorable que deseaba y que era ya como consiguiente habiendo oido el razonamiento que habia tenido con Simon, ni queria tampoco quedase á este la menor duda acerca de su bondad y misericordia; y así volviéndose á la mujer lleno de mansedumbre y amor, la dijo: *Te se han perdonado tus pecados*: esto es, no solo en cuanto á la culpa, sino en cuanto á la pena; porque tu amor ha sido tierno, generoso y grande sin igual, y por lo mismo es plena la remision de tus culpas. ¡Oh feliz María! ¡oh mujer dichosa á quien en premio de su amor se conceden de una vez tantos y tan abundantes dones!

No solo Simon, sino los demás escribas y fariseos que se hallaban con él en la mesa, parece que se escandalizaron como en otras ocasiones de las palabras que el Salvador acababa de pronunciar, á saber, *se te han perdonado tus pecados*; y rumiándolas en su corazon decian: Este hombre pronuncia blasfemias. ¿Quién es él para abrogarse la potestad de perdonar los pecados, que solo á Dios pertenece? Pero Jesús, que no hacia mucho tiempo les habia demostrado y justificado que tenia este poder, no juzgó necesario responderles sobre este punto suficientemente declarado; y volviéndose á la mujer, que después de oida su sentencia esperaba la bendicion de su Salvador para marcharse, la dijo: *Tu fe te ha salvado, vete en paz*. Esto es, la fe que Dios te ha infundido; porque fué confirmada por la caridad y te hizo digna de la vida eterna. Te ha salvado esa fe por la que no dudaste que podrias recibir lo que pedias; porque la esperanza empezó ya en tu corazon en el instante mismo en que te resolviste á buscar tu salud. *Vete en paz*. Esto es, con entera quietud y sosiego en tu corazon, porque cesarán todas las inquietudes y molestias que te hacian sufrir las pasiones que te dominaban, y no habrá en él discordancia alguna, porque se alimentará con las llamas del fuego del divino amor [1]. *Vete en paz*, porque la paz es el fondo de la justificacion; porque es el principio de la union del hombre con Dios, así como el pecado es el principio de la enemistad y de la guerra del hombre con su Criador, con su Redentor y con su

[1] Idem. Ibid.

Salvador. Vete en paz asegurada del perdón, y vive tranquila y fervorosamente después que conseguiste un beneficio tan grande.

Y si nada hay en el mundo que nosotros podamos ofrecer dignamente á Dios por los favores y misericordias que de él recibimos [1] ¿qué le daremos por la injuria que se hizo á su Divinidad, teniendo que cubrirse de nuestra carne mortal? ¿Qué por tantos oprobios y azotes? ¿Qué en fin por la cruz, la muerte y la sepultura? ¡Ay de mí si no le amare! Volvámosle pues amor por lo mucho que le debemos; caridad, por los grandes dones que nos ha dado; y su gracia misma, por el precio infinito de su sangre con que nos compró; porque mas ama aquel á quien mas se da. Nadie desespere ni ninguno desconfíe de conseguir la misericordia de Dios. Clementísimo es el Señor puesto que se compadece con tanta facilidad de los que á él se convierten de todo corazón. Mira lo que pueden á su presencia la confesion y las lágrimas, y los maravillosos efectos que producen la fe y el amor. Atiende en cuán poco tiempo se justificó esta mujer y quedó limpia de todos sus pecados, la que estaba tan llena de ellos que aun el foriseo se desdefaba de mirarla. Imítala como ella lloró, que tambien alguna vez enjugará tus lágrimas el Señor.

ORACION.

Señor mio Jesucristo, que con tus palabras y ejemplos nos provocas continuamente á arrepentirnos de nuestros pecados y que nos alegremos por los bienes espirituales: concédeme el don de lágrimas, y con el riego celestial fecundiza la tierra árida y seca de mi corazón, para que llöre cada dia toda mi vida y sean las lágrimas mi pan cotidiano dia y noche; y olvidado yo enteramente de la vanidad y miseria de este mundo, arda sin cesar en tu amor de modo que saltando ahora por entre las asperezas del mundo y levantándome corriendo para obrar el bien y cantar tus alabanzas, me alegre ahora por la esperanza, y después alabándote me goce contigo eternamente, porque mi corazón, oh Jesús bueno! vivirá siempre inquieto hasta que te posea y en tí descanse. Amen.

III Div. Ambros. in cap. 7 Lucas.

ORACION.

SOBRE LAS LAGRIMAS DE SANTA MARIA MAGDALENA.

Oh mi buen Jesús! esperanza de los penitentes, que á María la pecadora que lloraba á tus piés, que los regaba con lágrimas, que los enjugaba con sus cabellos y los besaba tiernamente, para darla una prueba de piedad le concediste el perdón de sus pecados: no desprecies, Jesús misericordioso, á este pecador, que postrado ante los piés de tu soberana clemencia los riega con las lágrimas de la mas íntima compuncion y los besa con los ósculos de la mas fervorosa oracion, y haz que oiga yo tu voz llena de piedad y clemencia, de suavidad y dulzura que aquella mereció oír, para que por sus méritos y tu gracia, perdonados que sean mis muchos pecados, con ella y con todos los santos y espíritus bienaventurados en la gloria eternamente te alabe. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo se halla en el XI de san Mateo, desde el versículo 16 hasta el 30. Y en el VII de san Lucas, desde el 31 hasta el 50.

La Iglesia usa del de san Mateo, desde el versículo 25 al 30 en los dias y festividades siguientes:

El dia de san Pablo, primer ermitaño, á 25 de enero. El de san Matías apóstol, á 24 ó 25 de febrero. El de san Pascual Bailon, á 17 de mayo. El de los santos mártires Primo y Feliciano, á 9 de junio. El de san Francisco de Asis, á 4 de octubre; y otros varios.

Y el de san Lucas, desde el v. 36 hasta el 50, usa:

En la Feria V después de la Dominica de Pasion. En la Feria VI de las cuatro témporas de setiembre. Y en el de santa María Magdalena, á 22 de julio.

El texto del Evangelio de san Mateo, desde el versículo 16 hasta el 24, dice así:

¡Mas á quién compararé yo esta raza de hombres! Es semejante á los muchados sentados en la plaza, que dando voces á otros de sus compañeros les dicen: Os hemos entonado cantares alegres y no habeis bailado, cantares lúgubres y no habeis llorado. Así es que vino Juan y casi no come ni bebe, y dicen: Está poseido del demonio. Ha venido el hombre que come y bebe, y dicen: He aquí un gloton y un vinoso amigo de publicanos y gentes de mala vida. Pero queda la divina Sabiduría justificada para con sus hijos. Entonces comenzó á reconvenir á las ciudades donde se habian hecho muchísimos de sus milagros, porque no habian hecho penitencia. ¡Ay de tí, Corozain! ¡Ay de tí, Betsayda! Que si en Tiro y en Sidon se hubiesen hecho los milagros que se han obrado en vosotras, tiempo ha que habrian hecho penitencia, cubiertas de ceniza y de cilicio. Por tanto os digo, que Tiro y Sidon serán menos rigurosamente tratadas en el día del juicio que vosotras. Y tú, Cafarnaum, ¿piensas acaso levantarte hasta el cielo? Serás, si, abatida hasta el infierno; porque si en Sodoma se hubiesen hecho los milagros que en tí, Sodoma tambien subsistiera aun hoy día. Por eso te digo que el país de Sodoma en el día del juicio será castigado con menos rigor que tú.

EVANGELIO PARA VARIAS FESTIVIDADES.

San Mateo, cap. XI, vs. 25 al 30.

En aquel tiempo exclamó Jesús diciendo: Yo te glorifico, Padre mio, Señor de cielo y tierra, porque has tenido encubiertas estas cosas á los sabios y prudentes *del siglo*, y las has revelado á los pequeños y humildes. Si, *Padre mio, alabado seas*, por haber sido de tu agrado que fuese así. Todas las cosas las ha puesto mi

Padre en mis manos. Pero nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni conoce ninguno al Padre sino el Hijo, y aquel á quien el Hijo quiere revelarlo. Venid á mí todos los que andaís agobiados con trabajos y cargas, que yo os aliviaré. Tamad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y hallareis el reposo para vuestras almas. Porque es suave mi yugo y ligero el peso mio.

EVANGELIO PARA LA FESTIVIDAD DE SANTA MARIA MAGDALENA.

San Lucas, cap. VIII, vs. 36 al 50.

En aquel tiempo rogaba á Jesús un fariseo que fuera á comer con él; y habiendo entrado en casa del fariseo se puso á la mesa. Cuando he aquí que una mujer de la ciudad notada por su mala conducta, luego que supo que se habia puesto á la mesa en casa del fariseo, trajo un vaso de alabastro lleno de bálsamo, y arrojándose por detrás á sus piés, comenzó á bañárselos con lágrimas y los limpiaba con sus cabellos de su cabeza, y los besaba, y derramaba sobre ellos el bálsamo. Lo que viendo el fariseo que le habia convidado, decia para consigo: Si este hombre fuera profeta, bien conoceria quién y qué tal es la mujer que le está tocando, ó que es una mujer de mala vida. Y rompiendo Jesús á su pensamiento, le dijo: Simon, tengo algo que decirte. Y respondió él: Maestro, dí. Cier-to acreedor tenia dos deudores, uno le debia quinientos dineros de plata y el otro cincuenta. No teniendo ellos con qué pagar, perdonó á entrambos la deuda. ¿Cuál de ellos *piensas* le amará mas? Respondió Simon y dijo: Juzgo que aquel á quien mas se perdonó. Y díjole Jesús: Juzgaste rectamente. Y volviéndose hácia la mujer dijo á Simon: ¿Ves á esta mujer? Yo entré en tu casa y no me diste agua con que lavara mis piés; mas esta ha bañado mis piés con sus lágrimas y los ha enjugado con sus cabellos. Tú no me has dado el ósculo de paz; pero esta desde que llegó no ha cesado

de besar mis piés. Tú nos has ungido con aceite mi cabeza, y esta ha derramado sobre mis piés sus perfumes. Por lo cual te digo, que le son perdonados sus muchos pecados, porque ha amado mucho. Que ama menos aquel á quien menos se perdona. Entonces dijo á la mujer: Perdonados te son tus pecados. Y luego los convidados empezaron á decir interiormente: ¿Quién es este que también perdona pecados? Mas él dijo á la mujer: Tu fe te ha salvado, vete en paz.

CAPITULO XVI.

ENVIA JESUCRISTO A PREDICAR A SUS SETENTA Y DOS DISCIPULOS, Y EL BAUTISTA ES DEGOLLADO EN LA CARCEL.

Varias son las opiniones y conjeturas que se han formado sobre la mujer pecadora cuyo arrepentimiento y lágrimas se acaba de ver. Ninguno de los comentadores ó expositores del Evangelio duda que conservase preciosamente el resto de sus dias los frutos del favor que acababa de recibir, y que los fervores de su amor reconocido, después de haber conseguido el perdón, hayan igualado el fervor de su mismo amor penitente cuando suspiraba aun por el momento de la gracia. Pero algunos de ellos reparan en asegurar que fuese una del número de aquellas otras distinguidas por su virtud á las cuales permitió Jesús que le siguiesen en sus correrías evangélicas, aunque las mas de ellas fuesen de las que había curado de sus enfermedades y librado del espíritu maligno. Entre otras nos dice san Lucas [1] que se hallaba Juana, esposa de Chusas, mayordomo de la casa de Herodes, una mujer llamada Susana, y sobre todas Maria, por sobrenombre Magdalena, á la que había librado de siete demonios; ilustre en la serie de la historia de Jesucristo, por la tierna y

[1] Luc, cap. 8.